

VENDETTA PÚNICA

El fuego se agitaba frenéticamente en el altar de Baal Hammon, proyectando sombras danzantes sobre los rostros inmóviles de los hombres reunidos en el santuario. El aire olía a incienso y a otras hierbas aromáticas, y tan solo unas pocas velas iluminaban la estancia. Amílcar Barca, con su imponente túnica de colores vivos y símbolos sagrados, colocó su mano con firmeza sobre el hombro de su hijo. Aníbal, de apenas catorce años, lo miró con una mezcla de afecto y miedo, incapaz de comprender la importancia de lo que estaba a punto de jurar. Sus ojos reflejaban la inocencia de un niño que aún no alcanzaba a entender la magnitud de las palabras de su padre. Pero la solemnidad del momento, la presencia de los ancianos consejeros, los sacerdotes y las ofrendas sagradas; le hizo entender que este momento sería de los más importantes de su vida.

Amílcar le habló con voz grave, con una solemne serenidad que el niño nunca antes había escuchado. Un tono que parecía arrastrar a Aníbal hacia un destino inevitable dijo:

—Jura, hijo mío, que nunca serás amigo de Roma.

La voz de su padre retumbó largamente en su cabeza. El fuego del altar crepitaba a su lado, y las palabras de su padre le punzaban en la cabeza sabiendo que se trataba de una promesa que no podría eludir más tarde. Al fondo de la estancia, su madre, Didone, mantenía la vista fija en el fuego dorado, como si el destino de su hijo ya estuviera escrito en la llama que consumía la ofrenda al dios. Finalmente, casi obligado por el silencio, Aníbal se decidió:

—Lo juro, padre —respondió con voz temblorosa, aunque al mismo tiempo firme, como si supiera que aquel juramento era su destino, algo que no podía ignorar.

Desde ese momento, Roma se convirtió en su obsesión, un enemigo perpetuo entorno al cual giraría el resto de su vida. En sus pensamientos, Roma se alzaba como una amenaza permanente, tras la humillación de la primera guerra Púnica. El imperio debía ser derrotado para asegurar el futuro de Cartago y el suyo propio.

Años más tarde, Aníbal se encontraba nuevamente en el mismo santuario, con el mismo altar frente a él. Las llamas que una vez le parecieron grandiosas ahora le parecían insignificantes en comparación con su dolor. Observaba absorto las lengüetadas de fuego que iluminaba la estancia. El cielo de Qart Hadasht estaba cubierto por bochornosas nubes negras, acompañando

la tristeza que se cernía sobre él. Cuando encendieron la pira funeraria, el cuerpo de Amílcar yacía envuelto en un manto rojo sobre la leña empapada en aceites sagrados.

Aníbal, ahora un joven de 18 años, con cuerpo fuerte y curtido por la batalla se arrodilló frente al fuego. A su lado, su madre permanecía inmóvil, incapaz de derramar más lágrimas. No habló, pues no había palabras que pudieran consolar un dolor como el suyo. Su padre había sido el pilar de su vida, quién le había enseñado todo lo que sabía, y ahora se desvanecía ante ellos en forma de cenizas y humo.

Maharbal, uno de los hombres de confianza de Aníbal, posó una mano sobre su hombro, tratando de darle consuelo en ese dolor atroz. Pero Aníbal no le miró ni emitió sonido alguno, ni tan siquiera se movió. Su mirada estaba fija en las llamas que consumían el cuerpo de su padre, y en su corazón ardía un fuego mucho más violento, un fuego que no se apagaría hasta que Roma fuera destruida, un fuego que junto al odio terminaría por consumirle a el mismo.

—Tu padre murió como un verdadero cartaginés, Aníbal —dijo Maharbal en voz baja, como si las palabras fueran a cambiar algo de lo ocurrido.

De nuevo no hubo respuesta. Aníbal reflexionaba en su interior, todo estaba claro. La guerra, la muerte, la venganza, todo estaba unido. Los sacerdotes cantaban himnos y recitaban oraciones a Baal Hammon, pidiendo que Amílcar fuera recibido en su reino. Pero Aníbal ya solo podía pensar en una cosa:

Roma.

Aunque los romanos no eran responsables directos de la muerte de su padre, aunque no habían sido ellos quienes lo habían ahogado en el río Vinalopó, Aníbal sabía la verdad. Roma era la causa. Roma era la razón por la que su padre y él habían tenido que luchar en tierras lejanas, la razón por la que su sangre se había derramado en un campo extranjero. En el fondo, Aníbal sentía que la única forma de hacer justicia era a través de la venganza, con la destrucción de Roma.

Cuando el fuego consumió los últimos restos de Amílcar, Aníbal cerró los ojos y renovó su juramento:

—Lo juro, padre —susurró con determinación— Roma caerá pronto.

No faltaba mucho para que la fría noche cayera sobre Roma, el viento soplaba con fuerza sobre las murallas de la ciudad, trayendo consigo el eco lejano de la batalla. Aníbal, ahora se encontraba al mando del mayor ejército que se había visto sobre la Tierra, miles de soldados morirían por él, y las bestias traídas del norte de África no serían derrotadas por nadie.

Ya habían acampado esa noche, y Aníbal se alzaba en la cima de una pequeña colina observando la vasta extensión de tierra que se desplegaba ante él. Al fondo en el horizonte, frente a él, la silueta de Roma se dibujaba en la lejanía como una sombra amenazante, un enemigo que le había robado a su padre y que había jurado destruir.

Habían pasado años desde aquel juramento frente al altar, pero la promesa seguía viva en su alma, palpitante y constante, como una llama que no se apagaba. La rabia, el odio, el deseo de venganza le consumían, y cada paso que daba le acercaba más a ese destino que había jurado cumplir. Roma no solo representaba el sufrimiento de su padre, sino también el de su pueblo. La caída de Roma sería la caída de todo lo que representaba dolor, y traería felicidad a las generaciones venideras.

—¡Roma caerá! —gritó, y su voz resonó en las montañas como el bramido de un ciervo desafiando el silencio de la noche; aquellas palabras le salían del alma.

Aníbal se volvió hacia el campamento, donde los hombres se preparaban para la gran batalla, y las bestias ya descansaban sobre el terreno abrupto. El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de color rojo, presagio de lo que estaba por venir. Aquella era la última noche de travesía, al día siguiente llegarían a las proximidades de Roma, y por fin, tras años de espera y lucha, Aníbal podría vengar la muerte de su padre y de su pueblo.

Un agobiante silencio cayó sobre el campamento antes de que la noche apagara todo rastro de luz. Los hombres se preparaban para lo que vendría, sabiendo que la guerra estaba a punto de comenzar. Aníbal ya no solo luchaba por venganza, en su interior ardía la esperanza de una victoria definitiva que llevaría la paz y la prosperidad a Cartago, una paz que solo podría lograrse sobre las ruinas de Roma.

A la mañana siguiente, al alba, un general hizo sonar la trompeta de guerra con un gesto firme, y el ejército cartaginense partió hacia la ciudad de Roma. El destino de ambos pueblos estaba escrito, y el nombre de Aníbal Barca se alzaría, no sin motivo, sobre la historia.

